ALBORES
DE ESPIRITU

Retrato de Cervantes existente en la Biblioteca Nacional

Campo de Criptana (Foto Jessen)

Argamasilla de Alba: Casa de Medrano según un dibujo de 1872 (Rep. Muñoz)

«El Toboso» (óleo de José Guillot)

Número extraordinario dedicado a Cervantes

TOMELLOSO, septiembre de 1947

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Albores - 1947 - 9-1947

Sumario

EDITORIAL, pág. 4.—¿UN FALLO DE CERVANTES?, por FEDERICO ROMERO, pág. 5.—AZORINISMO, por J. A. S., página 7.—LA INGRATITUD DE ANDRES, por ANGEL DOTOR, pág. 8.—CERVANTES ACTUAL, por JOSE SANZ Y DIAZ, pág. 11.—LA HIJA DEL VENTERO, *poesía*, por MANUEL MACHADO, página 13.—ALGO SOBRE LA TECNICA NOVELISTICA DE CERVANTES EN EL QUIJOTE, por GARCIA PAVON, pág. 14. NUESTRO BALANCE, págs. 18 y 19.—PASION, ESTROFA Y MUERTE DE CERVANTES, por JUAN ALCAIDE SANCHEZ, página 20.—LECCION Y EJEMPLO DE DON QUIJOTE, por LUIS ORAA, pág. 21. ELOGIO DE SANCHO PANZA, por JOSE MARIA MARTINEZ VAL, pág. 22.—*Para ti mujer*: ANTE EL GENIO, por MARIA ISABEL PEDRERO, pág. 25.—MIGUEL DE CERVANTES Y LA EXCOMUNION DE ECIJA, por FRAY BERNARDO MARTINEZ GRANDE, pág 27.—LETANIA DE NUESTRO SEÑOR DON QUIJOTE, *poesia*, por RUBEN DARIO, pág. 30.—UN HOMENAJE PERIODISTICO A CERVANTES EN 1872, por JORGE LUIS DE MONTESINOS, pág. 32.—GALERIA DE PUBLICACIONES, pág. 34.

Año II

Septiembre 1947

Núm. 11

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Albores . #11, 9/1947.

Albores
DE ESPIRITU
Revista mensual de exaltación manchega
Fundada por Bodegas Santa Rita, González Lomas, S. L
— DIRECTOR: Francisco Adrados Fernández —
AÑO II TOMELLOSO, septiembre de 1947 NUM. 11

Editorial

ALBORES DE ESPIRITU que viene preocupándose desde su aparición de difundir y enaltecer en sus páginas todo cuanto con la Mancha se relaciona, quiere hoy rendir su tributo de cariño y gratitud a aquel gran escritor que, con su pluma maestra, tan alta gloria deparó a nuestra tierra, inmortalizándola como escenario del ascenderado Caballero de la Triste Figura.

No pretenderemos nosotros aquí entrar en inútiles discusiones sobre los posibles lugares que Cervantes visitara de la Mancha; tampoco podemos dar nuestra aseveración a si Cervantes estuvo o no estuvo preso en Argamasilla de Alba; a si pernoctó en tal o cual venta o a si éste o aquél personaje del «Quijote» corresponde a otros personajes de la Mancha coetánea al escritor. Creemos que todo ello es perder el tiempo. Toda afirmación que no venga respaldada por fuentes auténticas, ha de imputarse como absolutamente gratuíta y carente de fundamento.

Sin embargo, no faltan también quienes, en contraposición a este afán por inquirir que tal lugar fué el que presenció esta o aquella aventura de Don Quijote, se esfuerzan en rebatir,

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Albores . #11, 9/1947.

con conclusiones que ellos pretenden hacer pasar por infalibles, la tradición secular creada en torno a los personajes principales del libro de Cervantes. Bien está que se afirme que no existen datos que acrediten la relación que algunos quieren hallar entre ciertas aventuras y acontecimientos del «Quijote» con acontecimientos y aventuras de la vida de Cervantes. Pero lo que no es dable aceptar es esa corriente innovadora de los asuntos cervantistas que pretenden algunos establecer. Conste que no apuntamos directamente a nadie, así es que nadie, personalmente, se dé por aludido. Nuestro comentario se refiere a un nutrido grupo de escritores en los que se advierte, más que nada, un esforzado prurito de originalidad. Y desde luego, quédese al margen de nuestra referencia la tarea investigadora sobre la poco conocida vida de Cervantes, que algunos biógrafos contemporáneos están llevando a cabo, y de la que se esperan aclaraciones de suma importancia para conocer debidamente muchos puntos de la vida de nuestro escritor que, hasta nuestros días, permanecieron en él incógnito. Pero no se confunda la aportación sincera de datos auténticos, como fruto de una prolongada y paciente búsqueda, con la ya apuntada manía actual por crear una nueva leyenda en torno al «Quijote». Esto sería, en suma, amontonar más supuestos sobre los ya existentes.

Dejémonos de inútiles discusiones y polémicas y no saquemos, como algunos pretenden, a nuestro Don Quijote de la tierra manchega, porque ello sería tanto como arrancarlo de la misma raíz de su ser. Aceptemos por un lado las conclusiones verídicas de la ciencia investigadora en cuanto a la biografía de Cervantes se refiere. Pero rechacemos, por otra, toda innovación carente de fundamento. Don Quijote y Sancho Panza son tipos auténticamente manchegos, paisanos nuestros, y esto es ya suficiente para nosotros.

En este IV Centenario de Cervantes creemos que lo principal e importante sería que quienes conocen el «Quijote» y no conocen la Mancha, hicieran una excursión por estos territorios para convencerse de que, aunque ha habido variaciones sensibles, el conjunto y la impresión propia del paisaje manchego son los mismos hoy que hace trescientos años. Y a quienes, por vivir en ella, conocen sobradamente la Mancha, no les estaría de más entregarse con cariño a la lectura del «Quijote». No concebimos a un buen manchego que sepa leer y escribir y que no se haya molestado todavía por conocer el libro que inmortalizó su región.

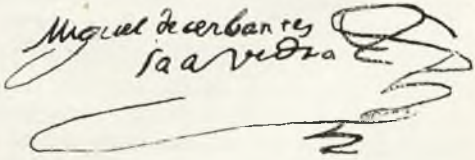
En lo que a nosotros se refiere, ALBORES DE ESPIRITU brinda a sus lectores esa colección de trabajos que componen este número y con los que hemos querido honrar la memoria de Cervantes.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Albores . #11, 9/1947.

¿Un fallo de Cervantes?

No se tome por desacato, en estas calendas conmemorativas, señalar quiebra en la obra ingente de Miguel de Cervantes, y menos se dispute la irreverencia más desaforada al considerar, con justicia seca, la poca autoridad crítica del firmante, en quien todo es rotura y avería. Ya se verá que escribo de hinojos ante la figura del Príncipe de la prosa castellana; que mi intención se constriñe, por un lado, a señalar una curiosa observación y, por el otro que es el más ancho en mi propósito, a deducir consecuencias que avaloran, si cabe, las calidades humanas y la alcurnia espiritual de toda la obra cervantina.

Cervantes elude siempre la descripción minuciosa del paisaje. Sus novelas ejemplares, su novela cumbre que con este calificativo queda nombrada, su novela archinovelesca de puro irreal —el «Persiles»— no dan idea alguna de lo que hoy, con léxico de teatro o de cine, llamaríamos los escenarios en que se mueven sus personajes. Juzga el autor y califica prodigiosamente el prado, el río, el mar, el aposento, el patio, la ciudad o la aldea; pero nunca se entretiene en describirnos, dándolos quizás por conocidos o desdeñándolos por ocioso conocimiento.



Supuesto dibujo de Cervantes, por don A. Perea, y reproducción de la firma del escritor (R. Muñoz).

¿Qué sabríamos de Toledo por «La fuerza de la sangre» y «La ilustre fregona»; qué de Sevilla por «Rinconete y Cortadillo» o «El celoso extremeño», qué de la misma Mancha, de Sierra Morena, de Aragón y de Cataluña por el «Don Quijote», qué de Italia y de Argel por los cuentos interpolados en la historia del Ingenioso Hidalgo? Nada sino la impresión de belleza, amenidad o hechizo que en el ánimo del escritor causara la Naturaleza o el artificio de los alarifes. Porque es de notar la constante actitud benévola del autor, que subraya cuanto de agradable le ofrecen el campo, la urbe o el océano y guarda en bondadoso silencio cuanto pudieran ofrecerle de ingrato.

Este supuesto fallo no le es imputable exclusivamente al insigne manco. El paisaje, como tema literario, es un descubrimiento del Romanticismo y la única de sus invenciones que ha sobrevivido a la gran revolución literaria de los románticos. Cervantes, de formación clásica y nacido para ser clásico desde el mismo instante de su alumbramiento, no podía mostrarse desleal a los cánones ni sentirse natural-

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Albores . #11, 9/1947.

mente influido por un movimiento que, si latente en la atmósfera literaria, sólo habría de concretarse y como corporizarse dos siglos después.

Los novelistas clásicos, y Cervantes es el monarca de la novelística, centran al hombre en el tuétano de sus obras, y del hombre y de sus hechos escriben, limitando a lo estrictamente indispensable el «medio» en que se desenvuelven. Los autores dramáticos, en cambio—y en particular los clásicos españoles, padres verdaderos de la comedia moderna universal—, no desdeñan la descripción rigurosa de paisajes y de lugares de acción, cuando emprenden un relato por boca de sus personajes. Ello se explica porque la novela es función de historiadores, siquiera historien sus propias invenciones, mientras que el teatro de nuestro Siglo de Oro es obra de poetas ganosos de exprimir el fruto de sus imaginaciones sin omitir una gota de sus esencias. Aparte de que ya no es novedad el reconocimiento de que las raíces del Romanticismo se clavan en nuestro teatro del XVII.

El genio de Cervantes pudo tal vez haber acometido esta revolución incorporando el paisaje a la noticia, y probablemente lo habría hecho si su obra fuese datada pocos años después de su fecha, cuando Lope, Tirso y Luis Vélez, magníficos paisajistas, describían cuidadosamente, sin omitir detalle, ciudades, campos, mares y habitaciones.

La ausencia del paisaje en el conjunto de la obra cervantesca denota, por otra parte, dos cosas: el supremo valor que Cervantes concede al hombre y la condición meditabunda del escritor que, cuando anda por el mundo sin compañía, nada encuentra digno de mirarse con pupila escrutadora. Mira entonces para sus adentros y se sume en sus propias cavilaciones. En cambio, qué atenta mirada la suya, qué impresionable retina, qué rápida, aguda y honda percepción de las prendas y calidades humanas, y qué morosas descripciones de los hombres y de las mujeres que topa frente a sus ojos; así de sus somáticos detalles como de sus arreos y vestidos, como de su exacta psicología, por esotérica u oculta que se le aparezca. Mismamente, cuando discurre sobre las ciudades, discursos que huelga reproducir por estar divulgados hasta en azulejos, no juzga en realidad los paisajes urbanos, sino su carácter de aglomeración humana, de cuerpo vivo con alma colectiva.

Sólo hemos de deplorar que nuestro paisaje campestre y urbano del siglo XVI, nuestra Mancha entonces no tan reseca y desarbolada como ahora, nuestra Sevilla letrada, picaresca y salada, nuestra Toledo imperial, nuestra Salamanca rufa y académica, nuestra Barcelona fastuosa, artesana y cortés, se hayan privado de documentos literarios para reconstituirlas físicamente tan suntuosos y tan dignos de fe cual los que habría podido legarles el más vidente de sus paseantes.

Buena compensación, empero, la estupenda galería de retratos, la insuperable relación de costumbres, la soberbia aportación, en suma, de Miguel de Cervantes, para el profundo conocimiento del ser de España, en el siglo de su mayor auge, fuese cualquiera el perfil y el color de su campo, el orden de sus edificaciones y la exacta disposición de sus hogares.

Como el lector de Cervantes anda por sus novelas, caminan los ciegos mundo adelante y, en verdad, que ciego alguno perdió ocasión de conocimiento humano por ignorar el tinte del paisaje. Y a Cervantes, por encima de todo, le interesaba el hombre, gracias al Hacedor sean dadas, porque al honrar al hombre se reverencia a Dios y se redime el alma.

Federico Romero

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Albores . #11, 9/1947.

AZORINISMO

"Azorín» tenía la soledad *despistada*. Su melancolía, nativa, estremecidamente silenciosa, no encajaba en su tierra mediterránea, azul, propensa a los carteles de turismo. Necesitaba de otro cielo, de otro terrible campo aislado. Sus ojos se pusieron en Castilla. Iban buscando una lecoión de contención, de serena aspereza, de humildad. Porque Castilla, por altiva, es la que puede darnos lecciones de humildades. Y hacia Castilla fué con su pequeña anarquía de silencio, con su rabieta a la patita coja, con su gran desesperación hecha juguete... Castilla era —es—algo distinto de Alicante. «Azorín» en Castilla, al igual que en su suelo alicantino, se veía sus bolsillos sin virtud, se encontraba igualmente *despistado*. Había pasado de un extremo a otro, y lo virtuoso—término medio— se había ido. En tales circunstancias era preciso descender. Y aquí estaba la Mancha, como una bofetada maldecida, al igual que un tintero de desahucio derramado en el mapa. Musulmanamente derramado. La Mancha: una cicatriz repelente entre dos tierras, un costurón brutal... Pero «Azorín» iba buscando un fiel: se había hecho burgués de su tristeza, quería colocar a un buen tanto por ciento su enorme soledad no malgastada. Y la Mancha era el banco más propicio. Después de todo, el término medio (?) estaba aquí. Y por aquí nos paseó su dulce cuquería de buen gusto. Criptana, Puerto Lápice, Argamasilla, Herencia..... «Azorín» era un hombre miedoso, infantilmente temerario. «Azorín»—digámoslo con todos los respetos—era un retratista al minuto. Fuera de ese minuto, su poeta interior hacía..... lo que debía: iluminaba, aguaba de nostalgia sus retratos..... De todas formas, «Azorín» se ensanchaba por la Mancha. Su *despiste* de melancolía se iba encontrando a gusto, poco a poco.

«Azorín».

Y ahora.....

Hay una Mancha hirsuta, evasiva, marraja, que no pudo ver nuestro «Azorín». Más que otra Castilla, ésta, que nos obsede desde muchachos, hace a los hombres..... y los deja , ya hechos, despreciativa y mística, sin deshacer, a que se mueran bajo un sol o una nieve delirantes. Por esa Mancha despiadada, sinaíticamente caída como «tierra de nadie» entre dos fuegos, no pasó nuestro hombre. Cierto es que había que pasar entre pedreas, con carros de leones, luchando contra el pan y contra el asco. No obstante, el bueno de «Azorín» nos dejó amor en sus retratos, en sus prosas sencillas, en su vulgar paraguas de un rojo sin motivo. Nos dejó, sí, *su Amor*. Amor en unos libros cuidadosos, álbumes de su hallada soledad, de su melancolía ya en su sitio. Por todo eso, y como no aduladora gratitud, nosotros traemos hoy su nombre a nuestras páginas de «ALBORES». Hace ya muchos años, desde un periódido de Alcázar (1), pedimos algo para él. Nuestro fervor sigue con la ambición, idéntica, de entonces. Pedimos como antaño y más, si cabe. Si en algo disentimos ahora, un respeto amoroso nos empuja. Y un áspero agradecimiento de manchegos. Tan sólo es por nobleza de discípulos por lo que le rehuímos..... aun siguiéndole. Por eso parecemos algo ingratos. Por eso. Porque la Mancha, tierra de nuestra vida, ¡es mucho más!

(1) «El Despertar».

J. A. S.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Albores . #11, 9/1947.

Quijote culmina entre las más grandes creaciones de todos los tiempos por esa admirable coexistencia de ambos: el realismo certero, soberano, insuperable en la descripción de personajes y ambientes, psicologías y paisajes representativos de hechos y contrastes, reflejo de la vida sempiterna, y el idealismo de ciego entusiasmo, fantasía y ensueño encarnados por el hidalgo caballero.

* * *

Las anteriores consideraciones nos son sugeridas al considerar cuán frondosa es la vena cervantina, y llévannos a lo esencial de nuestro *leit motiv*: señalar el pasaje del *libro de los libros*, en que nosotros atisbamos la culminación de su realismo.

Está en el capítulo XXXI de la primera parte, y ofrece tal elevación de pensamiento, penetración sensorial y claridad de expresión, que no dudamos en conceptuarlo como el más recio y humano entre cuantos componen la obra.

«Por el sol que nos alumbra que estoy por pasaros de parte a parte con esta lanza». Parte primera, capítulo IV. (Grabado de Doré.)

Es cuando caminan Don Quijote, Sancho, el Cura, maese Nicolás el barbero, Dorotea y Cardenio por uno de los resecos caminos de herradura manchegos. Van los dos primeros—caballero y escudero—en graciosa plática, refiriendo el segundo la visita hecha a la señora Dulcinea del Toboso. Entonces acierta a pasar por allí Andrés, el muchacho aquel a quien Don Quijote libró generosamente— o creyó librar—de la furia de Haldudo *el rico*, vecino de Quintanar, cuando éste le vapuleaba de lo lindo, teniéndole atado a una encina y desnudo de medio cuerpo para arriba, por su poco cuidado con las ovejas y por reclamarle su salario. Ahora, en su encuentro abrazó por las piernas a Don Quijote, mientras le decía:—¡Ay, señor mío! ¿No me conoce vuestra merced? Pues míreme bien, que yo soy aquel mozo, Andrés, que quitó vuestra merced de la encina donde estaba atado.»

Reconocióle Don Quijote, y tomándole una mano lo mostró a sus acompañantes, comenzando a endilgarles uno de aquellos sus habituales discursos con los que les narraba el incomensurable poder de su brazo y la valentía y arrestos de que dió fe en la escena de referencia, orgulloso y entusiasmado de su buena acción. Al terminar

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Albores . #11, 9/1947.

La ingratitud de Andrés

Por Angel Dotor

ABUNDA la obra maestra de la Raza, *El Quijote*, en pasajes donde el *Príncipe de los Ingenios* alcanzó una franca y admirable culminación armoniosa de sus facultades insuperadas de creador, mostrando esa amalgama, asombrosa por su afinidad, del significado de las palabras *realismo* e *idealismo*, acaso por nadie mejor plasmado. Realismo e idealismo que, contra lo que al pronto parece y muchos creen, son, si no lo mismo, sí momentos diversos de una misma cosa. «Entre realismo e idealismo hay diferencia de grado, no de esencia»—ha dicho «Azorín»—. El realismo es tenido por la mayoría como pintura de cuanto subalterno hay en las determinaciones de la libre volición, o sea, en fin de cuentas, el reflejo de la animalidad atávica de los humanos. Idealismo se cree, por el contrario, que es aquello libremente ejecutado con alteza de miras, con ética, altruísmo y desinterés.

En puridad, estos juicios pueden llegar a ser erróneos adoptados en sentido concluyente. Porque de igual manera que el escritor que en sus narraciones se circunscribe a la pintura de las facetas del prisma de la vida donde triunfa la bondad y el desinterés, la filantropía y el sacrificio proclama elocuentemente las excelencias del bien al semejante, el que en sus escritos nos muestra al desnudo las lacras humanas, el crimen, la egolatría o la envidia no propugna por que tales flaquezas y delitos de la arcilla sean los que imperen, sino todo lo opuesto: aspira a que la cruda visión del mal haga brotar la espontánea y sincera exaltación del bien. Claro que tales apreciaciones son refiriéndose a los verdaderos escritores, los que siempre han antepuesto a todo la conciencia sagrada de su misión, que en obras de recio realismo o de quintaesenciado idealismo nos van legando preciados tesoros del pensamiento consustancial a cada época, no a los mercantilizadores de la literatura, tan al uso en la época moderna, que escribieron composiciones halagadoras de las bajas pasiones, con vistas solamente al éxito entre un público intonso.

Realismo es, pues, reflejo exacto, fiel y objetivo de lo circundante, ajeno en su finalidad a toda intención ética. Idealismo, la descripción de esa realidad objetiva circunscrita a sus aspectos más gratos y afines a todo el que imagina la posibilidad del imperio de la sublime entelequia de lo bueno, lo verdadero y lo bello, aquello que el sabio pensador Cousin decantó dándole gráfica expresión. A este respecto el

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Albores . #11, 9/1947.

Quijote culmina entre las más grandes creaciones de todos los tiempos por esa admirable coexistencia de ambos: el realismo certero, soberano, insuperable en la descripción de personajes y ambientes, psicologías y paisajes representativos de hechos y contrastes, reflejo de la vida sempiterna, y el idealismo de ciego entusiasmo, fantasía y ensueño encarnados por el hidalgo caballero.

* * *

«Por el sol que nos alumbra que estoy por pasaros de parte a parte con esta lanza». Parte primera, capítulo IV. (Grabado de Doré.)

Las anteriores consideraciones nos son sugeridas al considerar cuán frondosa es la vena cervantina, y llévannos a lo esencial de nuestro *leit motiv*: señalar el pasaje del *libro de los libros*, en que nosotros atisbamos la culminación de su realismo.

Está en el capítulo XXXI de la primera parte, y ofrece tal elevación de pensamiento, penetración sensorial y claridad de expresión, que no dudamos en conceptuarlo como el más recio y humano entre cuantos componen la obra.

Es cuando caminan Don Quijote, Sancho, el Cura, maese Nicolás el barbero, Dorotea y Cardenio por uno de los resecos caminos de herradura manchegos. Van los dos primeros—caballero y escudero—en graciosa plática, refiriendo el segundo la visita hecha a la señora Dulcinea del Toboso. Entonces acierta a pasar por allí Andrés, el muchacho aquel a quien Don Quijote libró generosamente— o creyó librar—de la furia de Haldudo *el rico*, vecino de Quintanar, cuando éste le vapuleaba de lo lindo, teniéndole atado a una encina y desnudo de medio cuerpo para arriba, por su poco cuidado con las ovejas y por reclamarle su salario. Ahora, en su encuentro abrazó por las piernas a Don Quijote, mientras le decía:—¡Ay, señor mío! ¿No me conoce vuestra merced? Pues míreme bien, que yo soy aquel mozo, Andrés, que quitó vuestra merced de la encina donde estaba atado.»

Reconocióle Don Quijote, y tomándole una mano lo mostró a sus acompañantes, comenzando a endilgarles uno de aquellos sus habituales discursos con los que les narraba el incomensurable poder de su brazo y la valentía y arrestos de que dió fe en la escena de referencia, orgulloso y entusiasmado de su buena acción. Al terminar

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Albores . #11, 9/1947.

de reconstituir prosopopéyicamente aquel trozo de su pasado aventurero, preguntó al muchacho:

—¿No es verdad todo esto, hijo Andrés?

—Todo lo que vuestra merced ha dicho es mucha verdad—respondió el chico—, pero el fin del negocio sucedió muy al revés de lo que vuestra merced se imagina.

—¿Cómo al revés?—arguyó Don Quijote.

Y entonces Andrés refirió al hidalgo y demás circunstantes cómo el avaro lo ató de nuevo, apenas hubo marchado Don Quijote, y le volvió a zurrar de lo lindo, dejándole hecho un San Bartolomé; cómo se burlaba de él mientras le pegaba; cómo después estuvo en un hospital curándose durante algún tiempo, y cómo, por fin, de ello tenía la culpa, única y exclusivamente el caballero, porque encendió en cólera a Haldudo con sus frases y amenazas, de tal suerte que éste no pagó al muchacho y le volvió a martirizar.

Don Quijote comprendió que hizo mal en marcharse, cuando tuvo lugar la escena de referencia, sin que Haldudo hubiera pagado a Andrés su salario. Y quiso, en aquel mismo momento, emprender el camino en busca del menguado que no cumplió lo prometido; pero decidió desistir de ello, pues Dorotea recordóle la promesa que le había hecho (en la farsa que ésta y algunos de los demás acompañantes representaban, con el fin de llevarse a Don Quijote a su aldea, desde el retiro de penitencia en Sierra Morena), de ir sin pérdida de tiempo a acometer la empresa de su desagravio contra el gigante que avasallaba a su reino de Micomicón.

Es aquí cuando viene esa situación de contraste, de realismo, que nos parece la culminante de toda la obra, y que resume el profundo sentido de la psicología humana, en su sempiterna lucha del materialismo contra la espiritualidad. La ingratitud del muchacho, que desprecia el bien que se le ha hecho y el juramento de Don Quijote de vengarlo, y pide, en cambio, algo que comer, prefiriendo, irreverente, a tan ejemplar propósito, un poco de queso y pan; la risa, mal disimulada, de los acompañantes del caballero; la tristeza de Sancho al tener que desprenderse de un poco del contenido de su alforja, con lo cual—según sus palabras—le llegaba a él también parte de las desgracias del mancebo, y, finalmente, la mezcla de desencanto e ira del hidalgo, constituyen, decimos, un singular momento en el que se simultanean la idealidad y el desinterés generoso, el materialismo y la ingratitud, la burla y la ironía, que cierra el muchacho partiendo, no sin antes decir a su benefactor: «Por amor de Dios, señor Caballero andante, que si otra vez me encontrare, aunque vea que me hacen pedazos no me socorra ni ayude, sino déjeme con mi desgracia, que no será tanta que no sea mayor la que me vendrá de su ayuda de vuestra merced, a quien Dios maldiga y a todos cuantos caballeros andantes han nacido en el mundo».

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Albores . #11, 9/1947.

Cuatro siglos después

Cervantes actual

EN la conmemoración del IV Centenario del nacimiento del Príncipe de los Ingenios españoles, D. Miguel de Cervantes Saavedra, caballero mutilado de guerra por su heroica actuación en Lepanto y laureado escritor por sus ensoñaciones andantes, ha logrado que el espíritu hispánico vibre intensamente al cumplirse los cuatrocientos años onomásticos del más grande de los prosistas de todos los tiempos.

Cervantes tiene un altar en cada español y aun los que no lograron, por su desdicha y nuestros males, la cultura indispensable para conocer íntimamente la obra inmortal, saben mucho de Don Quijote y de Sancho Panza, sintiendo hoy más que nunca que en «El ingenioso Hidalgo de la Mancha» está íntegro y patente el espíritu de la Raza.

En estos cuatro siglos, por cuantas aventuras desventuradas, por cuantos quebrantamientos y molimientos de huesos no ha pasado el pueblo español. Cuando se acaba de descubrir y conquistar América, nace en Alcalá el glorioso autor perseguido por la mala fortuna; pero su fama es hoy más robusta, brillante y universal que nunca. Más de veinte naciones lo proclaman de su común lenguaje:

«Príncipe excelso, del patrio idioma,
triste, cautivo, bravo guerrero;
nuevos laureles de grato aroma
pone a tus plantas el pueblo ibero.»

Porque:

«Unidas las banderas, el pueblo americano
pregona con España tu hermosa creación,
al ver con alegría que se habla castellano
por todo el Nuevo Mundo que descubrió Colón.»

Alcalá de Henares: Capilla del Oidor, en la iglesia de Santa María, donde fué bautizado Cervantes.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Albores . #11, 9/1947.

Madrid: El convento de las Trinitarias, en cuya fachada hay una lápida conmemorativa de la muerte de Cervantes.

Con su obra maravillosa contribuyó Cervantes en gran manera a dar más hermosura a la Lengua castellana, más lozanía a las Bellas Letras y más belleza a la Novela con mayúscula.

«Don Quijote de la Mancha», es el libro universal por excelencia desde cualquier punto que se le mire, por la inmensa riqueza humana que encierra, pudiéndosele considerar como el más grande monumento literario nacional y la más alta honra de España y de veinte naciones hispánicas. De él se han hecho miles y miles de ediciones en todas las lenguas conocidas, según pudimos ver en una reciente Exposición Cervantina, organizada por el Ministerio de Educación Nacional.

A pesar de lo desquiciado que anda el mundo, muchas naciones europeas se suman al general homenaje que la intelectualidad de todos los países cultos tributará a Cervantes en el IV Centenario de su nacimiento. Los poetas americanos entonan sus himnos al autor del *Quijote*, como este magnífico Froylán Turcios, que canta en Tegucigalpa:

«Gloria al genio de sangre latina
que con pluma divina escribió
el simbólico poema profundo,
alta cumbre del verbo español.
A través de los siglos tu nombre
la victoria en sus himnos aclama,
y el sonoro huracán de la fama
sobre el mundo tu historia llevó.
... ...
Una Honduras sus cantos vibrantes
al concierto grandioso del mundo,
que hoy ofrece a tu genio profundo
su brillante tributo de honor.
¡Fama eterna al insigne Cervantes,
paladín de su pueblo y su raza,
cuya sombra quimérica pasa,
del aplauso entre el vasto clamor!»

EL INGENIOSO HIDALGO
DON QUIJOTE
DE LA MANCHA,
COMPUESTO
POR
MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA.
Francisco Javier Robles.
ANALISIS Y PARTE PRIMERA.
TOMO I.
EN MÉJICO.
1838.

Edición americana del «Quijote». Méjico, 1838.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Albores . #11, 9/1947.

Esquivias: Fachada de la casa de la esposa de Cervantes.

De parecido modo que este ilustre hondureño, entonan hoy más loas centenares de plumas americanas del Norte, del Centro y del Sur, porque Cervantes es tan de Hispano-América como nuestro. Nosotros vemos en este IV Centenario cervantino con resonancia universales el fin de una época hispana y el comienzo de otra, porque España ha empezado a rectificar pasados errores de malandrinas apátridas, a unirse en un claro y recto ideal, en una acción quijotesca llena de razón y de fe. Este es, a mi juicio, el mejor homenaje que le podemos tributar al Caballero mutilado de Lepanto—que no era manco para manejar la pluma—, a esa gran luminaria de la Humanidad.

José Sanz y Díaz.

LA HIJA DEL VENTERO

La hija callaba, y de cuando en cuando sonreía.
CERVANTES.
(El Quijote.)

«La hija callaba,
y se sonreía»...
Divino silencio,
preciosa sonrisa,
¿por qué estáis presentes
en la mente mía?

La venta está sola.
Maritornes guiña
los ojos durmiéndose.
La ventera hila.
Su mercé el ventero
en la puerta atisba
si alguien llega... El viento
barre la campiña.

...Al rincón del fuego
sentada la hija
—soñando en los libros
de caballería—,
con sus ojos garzos
ve morir el día
tras el horizonte...
Parda y desabrida,
la Mancha se hunde
en la noche fría.

Manuel Machado.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Albores . #11, 9/1947.

Algo sobre la técnica novelística de Cervantes en el Quijote

Por García Pavón

La novela, por ser el género literario que más imita la vida de los hombres, no sabe de rígidas preceptivas. Sus leyes son tan elásticas como las que rigen la vida de los mortales. Omitidos los imprescindibles límites del principio y del fin, el espacio que entre ellos hay, es barbecho infinito donde el Destino—en la vida—y el autor—en la novela—pueden campear por sus respetos. Pero, el novelista, para conseguir determinados efectos, no elude ciertos recursos y habilidades a los que damos el nombre de técnica novelística de un autor en tal o cual obra.

Cervantes, en una de las primeras páginas de su mayor novela, dice, que a Don Quijote se le había vuelto el juicio. Esto, así, a secas, no basta para describirnos a un héroe a lo largo de mil o más páginas. Los lectores, para cerciorarnos de esa demencia, tenemos que ver a Don Quijote obrando «en loco». Y aquí está el problema que queríamos plantear. ¿Qué hace Cervantes para presentarnos loco a Don Quijote? ¿Qué técnica va a utilizar para este logro? No nos basta con que Cervantes presente a su personaje haciendo mil arbitrariedades sin orden ni sustancia. Ello lo haría cualquier principiante, o un niño. Se precisa que la locura del caballero sea humana, que goce de manifestaciones homogéneas, que sea una locura genial. Si la locura de Don Quijote consistiese exclusivamente en creerse caballero andante, en un tiempo en el que ya no existían tales caballeros, la novela hubiera resultado insípida a más no poder. El Manchego, después de buscar inútilmente sus aventuras, habría terminado por volverse a su lugar, aburrido y en vías de curación. Por todo ello, Cervantes, no sólo enuncia la clase de locura que padece su héroe, sino que, además, busca el resorte, la técnica o engranaje para poner ante Don Quijote esas aventuras que no existen.

Veamos cuál es esa técnica:

Don Quijote, poeta en acción

Se dice que un hombre es poeta, entre otras cosas secundarias, porque es capaz de crear metáforas. Si el poeta ve unos labios rojos, dirá que son de rubí; si cabellos rubios, que son de oro. Estas cosas las dice así nuestro supuesto poeta, no porque crea en serio que los labios que canta son efectivamente de rubí y los cabellos de oro, sino porque quiere hacerlo de este modo. Su misión es crear la belleza y el decir las cosas de esta manera lo estima bello.

La mecánica con que el poeta ha hecho estas metáforas es muy sencilla. El subido color rojo de los labios que canta, le trajo a la imaginación el precioso rubí; el brillante color amarillo de los cabellos en cuestión, lo llevó a pensar en el preciado oro. Así, buscando la belleza, ha hecho el cambio; que eso es la metáfora. La misma mecánica utiliza Don Quijote. Las aspas del molino le recuerdan los brazos de sus gigantes, y, en el acto, plantea la igualdad: molinos=gigantes; la bacía del bar-

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Albores . #11, 9/1947.

bero le trae a su caldeado cerebro el recuerdo del yelmo de Mambrino, y otra vez calza la metáfora: bacía=yelmo, etc. Pero estas metáforas, Don Quijote, al contrario del poeta vulgar, las toma en serio, cree en ellas; tiene fe en ellas; y para él, estas metáforas, a partir de su gestación, son realidades, las mayores realidades. A un poeta le hubiésemos aplaudido el tropo con el que dijese que «los molinos eran gigantes de la Mancha». Pero Don Quijote va más allá que el poeta, e inmediatamente de decirse: molinos=gigantes, para él, la realidad, a partir de ese mismo instante, es la metáfora, no el objeto molino de donde partió para hacer tal metáfora.

Nuestro imaginario poeta, después de escribir: «los molinos son gigantes de la Mancha», no tendrá inconveniente en ir al molino que lo inspiró, para que allí le muelan unas fanegas de rubión, sin acordarse ya para nada de su escrito. Don Quijote, no. Después de cuajar la metáfora, actúa ante el molino, como en la presencia de un auténtico gigante.

«Un hidalgo de los de lanza en astillero, adarga antigua, rocín flaco y galgo corredor.» 1ª parte primera, capítulo I. (Dibujo de Aranda.)

Después de este simple ejemplo, fácil es comprender la técnica de que se vale Cervantes para mostrarnos en gran parte de su libro el linaje de locura que padece Don Quijote. En lo sucesivo, no hará el autor otra cosa que repetir el fenómeno, de suerte, que al hidalgo manchego no le falten aventuras donde no las haya. Ha hecho de Quijano un poeta en acción, que toma en serio y estima realidades las metáforas que hila su enferma imaginación. Este sistema, repetido una y otra vez, creará el carácter más logrado de nuestras letras: Don Quijote. (1.)

Analicemos estas metáforas con más detenimiento.

Grado de las metáforas quijotiles

Los grados de la metáfora—identificación de dos cosas mediante una semejanza parcial—son infinitos, y muy especialmente a partir de las últimas corrientes poéticas, en las que el poema se reduce a un encadenamiento de metáforas, alambicadas hasta lo imponderable. Las metáforas más simples son caudal del lenguaje común más que de la poesía auténtica. En ellas, la simplicidad es grande, y su grado primario a más no poder. Así, por lo blanquísima, decimos que «la servilleta era de nieve»; por lo transparente, «que el agua es de cristal»; por lo azules: que sus ojos son de cielo», etc.

A un grado superior de metáfora, y, por tanto, menos comprensible, podrían aditarse estos dos ejemplos: «el arroyo, culebra», de Calderón (culebra = serpenteante); por decir truena «que suenan los timbales del cielo», etc. Así, hasta llegar a un grado de metáfora difícilmente discriminable. Vg., cuando Góngora llama a una red: «piélago de nudos»... Y la metáfora llega a su grado apoteósico—tal es la distancia de las cosas comparadas—cuando Gerardo Diego llama a las ruletas: «amazonas centrífugas». Como se ve, conforme la metáfora sube de grado las seme-

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Albores . #11, 9/1947.

«Abrazáronse con él y por fuerza le volvieron al lecho.» Parte primera, capítulo VII. (Dibujo de Aranda.)

janzas mediante las que identificamos dos cosas son cada vez más distantes. Se precisa una excelente imaginación para hacer tangente una ruleta con «la amazona centrífuga» de nuestro último ejemplo. Pues bien, y es a lo que iba, la capacidad de Don Quijote en su locura para hacer metáforas, alcanza todos los grados, desde el más elemental al más difícil. Veamos alguno de estos grados:

Puede considerarse una metáfora sencilla, casi de primer grado la que realizó Don Quijote con la famosa bacía del albeitar. Esta, elemento de partida, viene cubriendo una cabeza, y, además, es dorada. El yelmo de Mambrino servía para cubrir la cabeza, y según los libros de Don Quijote, era de oro. Las semejanzas son grandes. En realidad esta metáfora se hace sola. Además, Don Quijote simplifica esta metáfora hasta decir que a la bacía (yelmo según él), le falta la babera.

Metáforas de grado mucho más alto son: Venta=Castillo; ovejas=bandos de guerreros. Pero el sumo grado de metáfora que hace y realiza Don Quijote lo constituye el mito de Dulcinea. De esta grandísima metáfora, el elemento base, difusísimo, es una moza que años hacía vió Don Quijote en el Toboso: Aldonza. El segundo término de la metáfora, lo constituye toda esa mitología y gesta que obra el hidalgo en torno a Dulcinea.

Esta curiosa técnica cervantina para levantar el gran carácter del caballero, la resumiremos así:

1.° Don Quijote hace metáforas de cuanto ve en sus andanzas caballerescas.

2.° Estas metáforas alcanzan todos los grados, desde el más simple, vg.: bacia=yelmo, al más inaprensible, vg.: Aldonza desconocida=princesa amada.

3.° Dichos tropos, sea cualquiera su grado, Don Quijote los considera realidades, que anulan el término de partida.

Ahora algunas consideraciones secundarias:

a) El segundo término de estas metáforas—parte creada—, pertenece siempre al mundo fantástico y caballeresco, Vg.: gigantes, guerreros, yelmos, etc.

b) Don Quijote—y esto interesará a los médicos—forja siempre estas metáforas en un momento de superexcitación. Luego, cuando se le enfría la sangre, acabará por reconocer que los molinos son tales molinos y no gigantes y que los cueros de vino son tales cueros y no malandrines... Digo que acaba por reconocer que «son»; pero no que «eran». Es decir, en su momento, las cosas fueron tal como él dijo, lo que ocurre es, que después, los muchos sabios y magos encantadores enemigos de Don Quijote, han sido los verdaderos hacedores de las metáforas, pero de metáforas al revés—de bonito a feo—convirtiendo a los gigantes en molinos, a los caballeros de ambos bandos en prosaicas ovejas y a los malandrines en cueros de vino... «Que

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Albores . #11, 9/1947.

yo pienso que aquel sabio Frestón..., ha vuelto estos gigantes en molinos para quitarme la gloria de su vencimiento.» Hasta tal punto tiene fe D. Quijote en sus metáforas.

Cambio de técnica en la segunda parte

Hay que reconocer que los rasgos más característicos y populares del héroe Quijote, son los que en la primera parte consigue Cervantes mediante el recurso de hacerlo poeta en acción. Pero en la segunda parte, el carácter del protagonista se modifica un tanto; pierde la fuerza de la parte anterior. Y es que el autor ha cambiado la técnica definitoria del personaje. Veamos en qué consiste:

Hasta ahora era Don Quijote, quién sólo, sin ayuda de estimulantes externos, valientemente trastocaba cuanto se le ponía delante por la sola fuerza de su potente imaginación. En la segunda parte, el sistema varía, y Don Quijote, pasa de ser un poeta en acción, para quedar reducido a un mentecato. Ha dejado de estar solo, en medio de la llanura, ante sus fantasmas, para permanecer ahora constantemente rodeado de personas, que, conociendo sus flaquezas, van a excitarle para que metaforice con toda clase de artimañas. Vg.: la aventura del Caballero de los Espejos, que amañan el Licenciado Sansón y Tomé Cecial. Esto es una burla del peor estilo. Es darle las metáforas hechas. Y no hablemos de todas las trampas que le pergeñan a Don Quijote en la casa de los Duques... Aunque esta segunda parte sea excelentísima por tantas cosas, el cambio, o mejor, abandono de técnica por parte del novelista, debilita la figura del héroe, quitándole aquella enorme fuerza con que impera en la parte anterior. Antes, Don Quijote se hacía su mundo, ahora pasa él a ser mundo de otros, espectáculo. Su inocente inclinación hacia lo fantástico se la alimentan con tramoyas y pirotecnias. Ya no es poeta en acción, es protagonista de farsas ajenas.

Desde luego, este cambio de técnica en la segunda parte, está justificado. La persistente repetición de metáforas en ella, hubiere resultado abrumadora y monótona. El héroe había quedado bien definido en la parte anterior. El autor podía ya campear por otros derroteros más amenos por su variedad, aunque menos intensos por sus efectos.

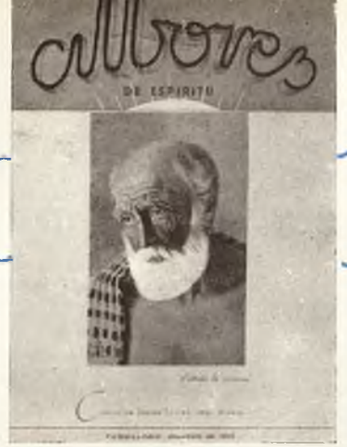
(1) NOTA:

A. Castro, en su profundísimo estudio: «El pensamiento de Cervantes»—tratando el problema bajo otros aspectos más hondos llamó a éste hacer metáforas de Don Quijote, si no recuerdo mal—cito de memoria— «El engaño a los ojos».

Tanto el Don Quijote que «se engaña» de la primera parte, como el Quijote «engañado» de la segunda, son hoy tópicos en la exégesis cervantina. Yo sólo he querido valorar estos fenómenos como recurso técnico del novelista para forjar el carácter del caballero.

«...dió de espuelas á su caballo Rocinante, sin atender las voces que su escudero Sancho le daba.» Parte primera, capítulo VIII. (Dibujo de Aranda.)

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Albores . #11, 9/1947.



Nuesto balance

HOY se cumple el primer año de vida la revista ALBORES DE ESPIRITU. Trescientos sesenta y cinco días han transcurrido desde la aparición del primer número.

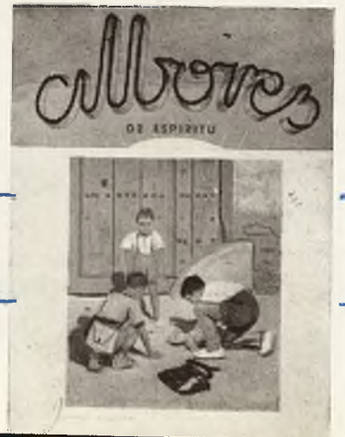
En el transcurso de este año hemos procur ofrecer a nuestros lectores una variada colección de artículos sobre temas de nuestra tierra, los cuales compn hoy una pequeña antología de carácter manchego. Sin embargo, como habrá podido observarse, nuestrabor no se ha ceñido exclusivamente a lo puramente regional, sino que hemos alternado los trabajos de amte manchego con los relativos a otros temas y a otras regiones españolas, buscando siempre, en interés del le, la mayor variedad y amenidad.

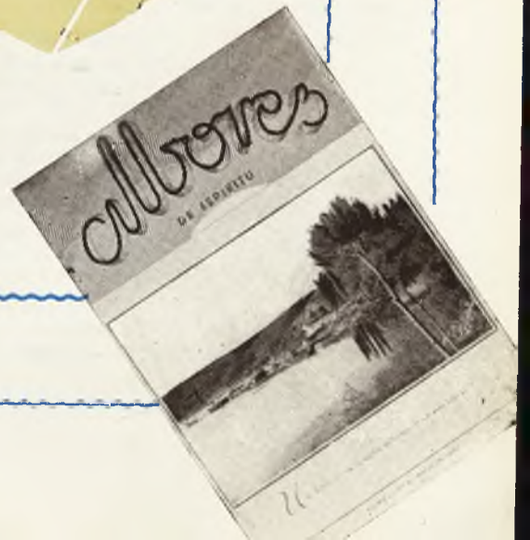
Pecaríamos de insinceros si nos apuntáse un completo éxito en esta primera etapa que hemos recorrido. Tenemos que confesar que nuestros propósitos se han cumplido aún, ni mucho menos, y de ahí que nuestra tarea no nos deje nada satisfechos hasta aho Sabemos cuán lejana está todavía la meta a que apuntan nuestras nobles ambiciones y ello nos fuerza a pnternos, al iniciarse el segundo año de vida de ALBORES, un mayor esfuerzo e intensificación de nuestra labque nos lleve a la consecución de los elevados propósitos encarnados por aquélla.

Queremos subrayar aquí que, por ningunrcunstancia, abandonaremos la tarea emprendida. Antes al contrario, sorteando toda clase de inconvenientes in que nos preocupe otra cosa que no sea el cumplimiento de los ineludibles deberes que hemos contraíbermaneceremos en nuestro puesto luchando, sin descanso, por la exaltación y valoración cultural de nuestraada Mancha.

Sólo nos resta rendir el sincero agradecito de esta Dirección a cuantos, con sus valiosas colaboraciones, han contribuido al desarrollo de nuestra resa; y, por último, enviar un cordial saludo a los lectores que desde la aparición de ALBORES, nos han pdo su amable atención y caballerosa acogida.

Reproducciones: G. Muñoz.





Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Albores , #11, 9/1947.

Pasión, estrofa y muerte de Cervantes

Para la noble y clara villa inmortal de Puerto Lápice. Este tríptico mío. A todo empuje de emoción.

I

Tanto sorbió el dolor de tu osamenta,
que hizo flautas gloriosas sus costillas.
Los ángeles tocaban maravillas
sobre una realidad de atajo y venta.

Siempre ensalzaste el número, y la cuenta
se te ensució entre tantas zancadillas.
Ni yelmos ni monteras, monterillas
fueron los mil yangüeses de tu afrenta.

Pero era Dios—su música—en tus huesos.
Tus tres arcabuzazos, sus tres besos.
Tu tinta derramada, su rocío.

Creció el idioma al empapar tu llaga...
¡Y aquí está tu «Qujote», como draga
que limpia al mundo el cieno de su río!

II

¡Primer verso hacia el triunfo! ¡Cuánta aurora
sobre un luto de reina que moría!
Allí estaba Castilla. Andalucía.
Católico Lepanto. Africa mora...

Toda tu vida en germen. Fauna y flora
de un atlas de grandiosa geografía.
Allí estaba tu ayer. Tú todavía.
Tu más venir... ¡Tú eternidad cantora!

Todo, en la primer yema de tu rama.
Todo, en la primer toba de tu muro.
Todo, en la primer letra de tu pluma...

Allí copiaron soles de tu llama.
Allí revivió Homero y fué más puro...
¡Allí, todos sumandos; tú, la suma!

III

Abril. Todo el aroma, en carne viva;
y tú, lacia la flor de tu gorguera.
Un último latido en salvadera
junto a una hermosa pluma a la deriva.

Una hidrópica boca sin saliva,
y un ansia de palabra: la postrera.
Y aquella Orden Tercera, de tercera,
cribándote en los rezos de su criba.

Ya en el estribo el pie. Ya en el Parnaso,
dándole a la palanca de tu paso
la eternidad de un fulcro diamantino.

Ya tú tras de la fiebre y más distante.
Ya esperando en el alba «Rocinante»...
¡Ya el campo de Montiel por lo divino!

Juan Alcaide Sánchez.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Albores . #11, 9/1947.

Lección y ejemplo de D. Quijote

Si hay algún héroe, al que mejor pueda comprender nuestra actual generación, éste es, sin duda, Don Quijote de la Mancha.

Afirman algunos eruditos que el siglo XVII acogió la presencia del hidalgo caballero en la literatura universal, con una carcajada; el siglo XVIII, con una sonrisa; y el siglo XIX, con una lágrima. Pero, ¿y el siglo XX?

Fracasadas en nuestra época la actitudes encarnadas únicamente en la acción, siente el mundo la necesidad de volver a las estilizaciones doctrinales. A la dialéctica materialista de nuestro tiempo—ha dicho un filósofo contemporáneo—hay que oponer urgentemente una dialéctica idealista. Esto no es otra cosa, que el esfuerzo inteligente, la fortaleza ejemplar del alma, la bondad, el diálogo entonado, que inspiraron la acción del ingenioso Hidalgo.

Por eso, nuestra generación combatiente no puede reír, ni sonreír siquiera, y menos llorar ante sus aventuras. Sabía perfectamente Don Quijote, lo que cada aventura traía consigo, y en medio de sus desgracias le consolaba el recuerdo de los clásicos; de esos clásicos que aprendió en los libros, nutridos de doctrina, para proyectar después en el mundo, el sistema caballeresco de la vida.

Dura fué su existencia, su camino, su gloria. Una vida heroica, una aventura genial, no improvisada en un día de fiebre como pretenden algunos, sino por el contrario, meditada y serena, tras años y años de sosegada lectura que dieron a su noble empeño caballeresco la máxima profundidad humana.

El norte de la gloria nos lo legó en estas coplas, que solía repetir con frecuencia: «Mis arreos, son las armas; mi descanso, el pelear; mi cama, las duras peñas; mi dormir, siempre velar». Así, duramente, que bien comprende nuestra generación este canto de la vida. No; no hay nostalgia ni deliquios, ni sensibilerías en la acción caballeresca de Don Quijote; sí, por el contrario, un hondo sentimiento de amor y de noble elegancia espiritual.

Y más tarde, cuando llegó su hora, tranquilamente, al susurro de su conversación con Sancho, puso la línea infranqueable de su bondad. «Ayer fuí Don Quijote de la Mancha. Hoy soy Alonso Quijano, el bueno». De sus labios no salieron palabras de cansancio, ni de demoníaco renunciamiento, como Fausto, vendiendo su alma al diablo. Ante la quiebra de su vida, alegó Don Quijote esa bondad maravillosa que iluminó siempre su alma de creyente.

En este tiempo duro, en que la vida es lucha y en que hay que vivir para sobrevivir, ante el altar de la Patria, pedimos a Dios que se caldee la vida española de realidad heroica; de ese mismo sacrificio; de ese igual amor a la gloria; de esas maneras inteligentes de cortesía y de bondad; de esas formas de velar las armas, en vigilia constante. Para la lección y ejemplo de esta entrañable tierra manchega, que tanto amó Cervantes, y de nuestra España renacida.

Luis Oraá.

Ciudad Real, Septiembre de 1947

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Albores . #11, 9/1947.

ELOGIO de Sancho Panza

Por el Dr. JOSE MARIA MARTINEZ VAL
Catedrático. Del Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

PASABA la guerra, con un ala negra—fuego, bajo resentimiento, odios, oleaje de utopías y violencias—y otra blanca—caballerosidad, heroísmo, martirio, claras conclusiones juveniles de una España perfecta, eterna e inmortal—sobre el suelo de la Patria. Náufrago en la procela, como a puerto seguro, llegó a un lugar de la Mancha un viejo tan joven que seguía poniendo en sonetos clásicos y enamorados madrigales platónicos la fragancia poética y el brío jubiloso de su corazón. El lugar manchego era Piedrabuena. El viejo-joven, D. Francisco Rodríguez Marín, patriarca cervantista. Don Francisco—barbas blancas y venerables, anteojos muy siglo XIX y extraño bonetillo negro sobre la aureola de sus canas—tras sus cristales de su balcón veía pasar mucho ratos la vida... Y cuenta en el libro que escribió como recuerdo de aquellos días, que tenía la impresión de ver un pueblo de Sanchos, aunque se ha de decir que en tan fino catador de las páginas de Cervantes no puede presumirse siquiera que esta afirmación tenga ninguna interior peyorativa. Sólo un caballero, alto, huesudo, magro, que diariamente llevaba una carta a Correos, traía a la memoria de nuestro D. Francisco el tipo humano de Don Quijote.

Manteamiento de Sancho. (Grabado de Doré.)

¿Es cierto que el desfile de la vida pueda producir en un observador de la Mancha esta impresión? ¿Es cierto que la Mancha es, primordialmente, una tierra de Sanchos, con pocos Quijotes? Dejemos la inquietud de estas preguntas con su lazo tendido, apuntando la observación de Rodríguez Marín. Yo tengo para mí que no sería difícil demostrar la existencia de muchos, ni Quijotes, ni Sanchos; sino «Caballeros del Verde Gabán», cuya etopeya—síntesis de cualidades físicas y morales—perfila Cervantes con rasgos inmortales en los capítulos XVI a XVIII de la segunda parte de «El Ingenioso Hidalgo».

Pero si Sancho sigue viviendo con tanta profusión en la ancha y blanca meseta manchega, bueno será cono-

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Albores . #11, 9/1947.

cerle y tratarle. Sancho, como escribió Unamuno, es tan español y tan manchego como Don Quijote; y a fe mía que es suerte para la Mancha que sea uno de sus posibles arquetipos. El es, con Don Quijote, el personaje más conocido y popular de la Literatura universal. Es un tipo humano, simpático, amable. No necesita, aunque muchos lo crean, ninguna clase de reivindicaciones. Su elogio lo escribió el propio Miguel de Cervantes. Y ahí ha quedado—«Sancho amigo. Sancho bueno, Sancho hermano»—, como una figura con tales dimensiones de humanidad sencilla y buena que el paisaje manchego nada tiene que reprocharle y mucho que agradecerle.

«Venid vos acá, compañero mío y amigo mio, y conllevador de mis trabajos y miserias.» Parte segunda capítulo LIII. (Grabado de Doré.)

Porque Sancho proclama muchas veces su mancheguismo. Cuando está en tierras de Aragón da detalles de Peralvillo y Almodovar del Campo, Caracuel y Tirteafuera y Miguelturra, que no está lejos de su lugar Se le siente orgulloso y contento de su tierra. Y este Sancho tan manchego no es el escudero socarrón y materialista, grosero y pegado a la tierra, reverso de los altos ideales de su amo, que nos han descrito muchas veces. Sancho es, en todo caso, el criado ignorante, pero fiel, no tan adscrito al realismo que sea incapaz de entender —y lo que vale más, de amar— la prodigiosa locura de Bien y la sed de Absoluto de Don Quijote. Caballero también—aunque en el rucio—lleva en su alma un género distinto de hidalguía y tiene su propio sentido del honor, puesto muy alto, en la línea misma que une el alma a Dios, aunque no sea ésta la dimensión en que mide el honor Don Quijote, en sus ideas caballerescas. Es Sancho «el buen vasallo que encuentra el buen Señor», que añoraba el cantar del Poema del Cid. Y si pedía bienes en su papel estaba, que propio de los vasallos es pedir el bien común—dentro del cual está el particular—, como es de los señores—por ser de la autoridad, de la política y de la ley—procurárselo. No veamos, pues, en Sancho, más egoísmo del que le conviene, que el mayor bien de la república es que los vasallos sean buenos vasallos y buenos señores, los señores.

Aparte que en Sancho, la fidelidad no era sólo virtud dedicada a Don Quijote, sino también al Rey, que es lo que hay que pedir, pues hablando con su vecino Ricote, el morisco, le dice: «*Haría traición a mi rey en dar favor a sus enemigos*», en ocasión de ofrecerle doscientos escudos por acompañarlo, y encubrirlo, con lo que se ve al tan cacareado materialismo de Sancho enfrenado por el honor, la fidelidad y el patriotismo. No siente la codicia, porque tiene buen sentido y discreción, expresada en esa popular sabiduría de refranero, que si encrespaba los nervios a su señor Don Quijote, a nosotros nos deleita con su inesperado gracejo y nos hace muchas veces

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Albores . #11, 9/1947.

pensar con la profundidad de sus verdades fundamentales, incorporadas a la raíz moral de nuestra raza.

Muy bien sabía Sancho la inestabilidad de las cosas terrenas, que fluyen—«como las nubes, como las naves, como las sombras—hacia un fin. Y mejor aun sabía que tras ese fin terreno, ya nada fluye; todo es eterno, fijo e inmutable. ¡Cómo enseña su amarga reflexión en el camino al volver de su dimisión de la ínsula! «*¿Quién dijera que el que ayer se vió entronizado gobernador de una ínsula, mandando a sus sirvientes y a sus vasallos, hoy se había de ver sepultado en una sima, sin haber persona alguna que le remedie, ni criado ni vasallo que acuda a su socorro?*» Inestabilidad, fugitividad, incertidumbre de las cosas humanas... ¡Qué bien lo sabía Sancho Panza!

Por eso Sancho es sencillo y honrado. Sencillo porque conoce las vueltas de la loca fortuna. Honrado, porque conoce que hay una instancia suprema para todas las acciones. Por estas dos virtudes arraiga en el amor a la familia—¡Su Teresa Panza, su Sanchica!—, cuyo recuerdo es emocionado, paternal y entrañable. Y guiado también por ellas, su gobierno—prueba suprema del valor y del ser de un hombre—es honrado y sencillo, mas no tanto que no pueda decirse de él que fué, con frase gracianesca, «agudeza y arte de ingenio», derroche de un talento natural que confundió siempre los bien preparados trampantojos de sus pretensos burladores.

Queda, en esta escueta relación de cualidades, la mejor: Su pura y honda religiosidad. Hombres hay—y hasta los conocemos y tratamos—que por un gobierno hicieran alianza, como Fausto, con Mefistófeles. Mas no era de éstos Sancho Panza. Porque como Don Quijote le dijera muy crudamente sus dudas acerca de su rapacidad para gobernar, le replica, con palabras que son su mejor, total y definitivo elogio: «*Señor, si a vuesa merced le parece que no soy de pro para este gobierno, desde aquí le suelto; que más quiero un solo negro de la uña de mi alma, que todo mi cuerpo; y así me sustentaré Sancho a secas, con pan y cebolla, como gobernador con perdices y capones..., y si se imagina que por ser gobernador me ha de llevar el diablo, más me quiero ir Sancho al cielo, que gobernador al infierno*»...

Tal es Sancho Panza: hombre sencillo y bueno; servidor fiel; padre cariñoso; vasallo leal; discreto en el decir; honrado en obrar y sano en el pensar; si alguna vez codicioso, desengañado, sin amargura y mucho más amigo de su alma que de su cuerpo, cuando de verdad, en trances decisivos, hacía hablar a su conciencia, una conciencia religiosa y cristiana, de hombre entrañablemente manchego y español.

Ante mí, por el paisaje austero y sublime, desnudo y bello de la Mancha, pasa el desfile inacabable de su paisanaje, de sus hombres, de su vida... ¿Quijotes? ¿Sanchos? ¿Caballeros del Verde Gabán?... Si Sanchos, ahí va, con su etopeya fielmente interpretada, el elogio que me han dictado la verdad y mi cariño.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Albores . #11, 9/1947.

ANTE EL GENIO

NOS encontramos hoy entre un conjunto de páginas dedicadas al genio de la literatura que Cervantes fué y, no por el deseo de aparecer como menos, sino por someternos gustosa a las insinuaciones de los demás, vamos a dedicarle también a él este rincón femenino, que la mujer igual se inclina ante el genio que ante el ignorante, para admirar y agradecer al primero, para consolar y animar al segundo.

¿Cómo veía Cervantes a la mujer? Acabamos de sacar del tintero la pregunta más difícil de contestar y como no disponemos de tiempo ni nos creemos capaces de estudiar toda su obra para hacerlo con la precisión que la pregunta requiere, vamos a hablar con palabras de la gran escritora contemporánea, que es Concha Espina.

Atribuye ella—en cuanto a tipos femeninos se refiere— todo al genio de Cervantes, no a su conocimiento, ya que «a juzgar por la vida azarosa y humilde que llevó casi siempre, más Aldonzas que Dulcineas debió hallar en su camino».

«Cuando joven escribió una elegía a doña Isabel de Valois; ya viejo una canción a la Madre Teresa de Jesús; pero nunca vió con sus ojos mortales a la santa monja ni a la dulce reina, ni acaso a mujer ninguna digna de su entendimiento y de su corazón.»

Esto, a nuestro humilde juicio, es un nuevo motivo de admiración, porque para captar nos basta la inteligencia, pero para adivinar se precisa el ingenio.

Los novelistas, aun los más psicólogos, crean tipos, los perfeccionan, pero no consiguen desligarse de este estilo—llamémosle—que imprimieron a su primer tipo femenino. Cervantes, no. Cervantes se renueva en cada personaje que describe como si aquél y no otro fuese el protagonista de su libro inmortal. Entra en ellos con la naturalidad de quien va por un terreno conocido; los rodea de virtudes o de defectos para después, graciosamente, disculparlos o enaltecerlos.

Y dejamos de nuevo la palabra a la admirada escritora que antes citamos: «La tolerancia y ternura de Cervantes se extreman y afinan al pintar retratos de mujer. Su delicada sensibilidad, sus ideas platónicas, su espíritu cristiano y caballeresco, fueron parte a crear una de las más variadas ginecografías del arte español tan rico en imágenes y caracteres femeninos.»

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Albores . #11, 9/1947.

Cervantes conocía a la mujer. ¿Podemos decir lo mismo de la mujer respecto a Cervantes? Nos referimos a su obra, claro está, porque hablando de arte, la persona no es más que instrumento que recibe la inspiración de Dios y la deposita, suavemente, en el lienzo o en la cuartilla.

Es necesario—me parece poco decir conveniente—que la mujer tenga la valentía de pasearse por lo menos una vez por las páginas del Quijote; y digo valentía porque para ello es preciso dejar por una temporada las novelas rosas y esas otras que con tanta vista sabe presentar la Editorial Pueyo en reposo de páginas cerradas. No os asuste este libro, aunque os parezca voluminoso que no lo es tanto como instructivo ni está tan lleno de páginas como de verdades. En él os encontraréis; bien retratadas en la sagacidad de la Duquesa, en el amor puro y sublime de Marcela, en la flaqueza de Camila, en el valeroso obrar de Zoraida, en la gracia de doña Clara, en la fidelidad de Luscinda o en la modestia y sencillez de esas dos mujeres—ama y sobrina—que aparecen en las primeras páginas del libro y se esconden en las finales hojas perfumando—como las violetas—todo el relato con su aroma, pero apareciendo tan sólo cuando las llama, no el lucimiento, sino el sacrificio, como única realidad de este encuadernado mundo de idealidades.

Si nuestro consejo puede servir de algo—cosa que, verdaderamente, dudamos—la mejor forma de celebrar este cuarto centenario del gran genio que Cervantes fué, es proponiéndonos leer el Quijote. Si verdaderamente nos lo proponemos ya está todo hecho porque el sexo débil es fuerte ante el cumplimiento de sus propósitos; en cuanto a su divulgación, en tratándose de mujeres...

M.ª I. Pedrero

&

En esta Dirección...

Se han recibido dos tarjetas postales procedentes de la Junta Local Cervantina de El Toboso y de la Biblioteca Pública Municipal de Campo de Criptana, selladas ambas con los matasellos creados por la Dirección General de Correos para conmemorar el IV Centenario de Cervantes.

Al acusar recibo complacidos, agradecemos esta atención y enviamos un saludo cordial a las dos Entidades mencionadas.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Albores . #11, 9/1947.

Miguel de Cervantes

Y LA EXCOMUNION DE ECIJA

TANTO se ha escrito de ese singular hombre en todos los aspectos y casi siempre tan falto de sana crítica, que no hay una modalidad de su vida, en la que no sienta uno tentación de mezclar la historia con la fantasía y la leyenda. Al enjuiciar con la mejor fe, y a la vista del mayor número de datos, sus correrías como alcabalero real por tierras de Andalucía, y la excomunión lanzada contra él por el Cabildo sevillano, cuando exigía las contribuciones con autoridad de *vara alta de justicia*, sentimos la preocupación de si no es este hecho una invención más de los incontables émulos de su época, o una torpe patraña de algunos de los malintencionados intérpretes de su imperecedera obra. Tenemos algunas razones para juzgar así. La mayoría de sus biógrafos, los que por otra parte nos narran con minuciosos pormenores su permanencia en la provincia de Sevilla y particularmente en Ecija, silencian el episodio de su excomunión. No debió constituir, pues, un acontecimiento de gran trascendencia. Arrieta, Pellicer, Martín Fernández Navarrete, González Rojas, Fernández-Cuesta, Marín e incontables más notabilísimos biógrafos e investigadores, no hacen ni directa ni indirectamente mención alguna del caso que nos ocupa. donde se lee con detalles esta noticia, es en la obra de Navarro Ledesma «El ingenioso hidalgo Miguel de Cervantes», publicada en Madrid el año 1905. Este libro ha servido para vulgarizar la vida de Cervantes y ha sido casi la única fuente para los monografistas de las figuras literarias y compositores de antologías. Nosotros, aunque admiramos a Navarro Ledesma, admitimos con cierta reserva y cautelosa prevención muchas de sus afirmaciones. Esto por dos causas: Primera, porque construye su libro apenas con la autoridad de dos solos escritores; y, segunda, por su acentuadísima tendencia a novelar, aunque pretenda lo contrario. El silencio del más nutrido grupo de escritores, también puede explicarse, considerando una de estas dos razones: O porque el cariño a su biografiado se resistiese a ello, o bien porque el hecho no estuviera suficientemente aclarado, en cuya oscuridad histórica permanece aún.

Demos por cierto lo que afirman los menos, y estudiemos qué carácter revistió aquella censura eclesiástica que fué una humillación más para el alma sensible de nuestro ingenio. El año 1587 y en sus primeros meses, se presentó Cervantes en Ecija, la populosa ciudad andaluza, llana y ardiente, envuelta en la bruma del Genil, adornada de bruñidos morriones y vigilada por multitud de torres y campanarios. Iba en calidad de consumista. Este cargo es en todos los tiempos el más odioso de todos los cargos oficiales. El vulgo, que lo tiene en el peor concepto, cree que todos los vivientes que se dedican a esta profesión, han de ser fríos y tristes, taciturnos e insensibles. Don Antonio de Guevara, proveedor general de la flota, le nombra comisario, e inmediatamente y acuciado tal vez por los agobios económicos del hogar, comienza el ejercicio de su flamante empleo, nada honroso para aquellos tiempos de cicatería del tesoro nacional.

Parece ser que Ecija fué el centro donde reunió todo lo recogido en la comarca, y además en cuya ciudad rica consiguió mayores cupos de aceite y trigo. En su odiosísimo papel, era natural que tendría que enfrentarse con menestrales y labrie-

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Albores . #11, 9/1947.

Una vista de la Plaza Mayor, de Ecija.

gos, corregidores y caballeros, hidalgos y eclesiásticos. Era orden del proveedor y para el servicio de Su Majestad. La consigna tajante y severa a lo Felipe II. Fiscalizar hasta el último grano de trigo en los rincones de las cámaras, y la última gota de aceite en corambres y tinajas. A los que de buen grado no cedían cuanto el comisario les exigiera, les llegaban los registros, confiscaciones y embargos fulminantes. En tiempo de guerra, esto no es de extrañar. En cada época tiene su nombre. Entonces eran embargos y hoy son intervención y requisa.

La ocasión de la censura fué el embargo de ciento veinte fanegas de trigo, pertenecientes, dice Ledesma, a D. Francisco Enríquez de Ribera, a la sazón Maestrescuela de la Santa Iglesia Catedral sevillana. Estas reverendas fanegas, tan reverendas en aquellos tiempos como en estos, aunque no las posea un clérigo, fueron la causa de toda la tremolina que con gran satisfacción del vecindario de Ecija, se formó en torno al odiado alcabalero. Era un modo de venganza popular, ya que no podían intentar desagraviarse de manera más directa. El mayodormo del Maestreescuela advierte a Cervantes que aquel trigo son bienes eclesiásticos. ¿Eran en realidad, bienes de la Iglesia el trigo del linajudo canónigo, o, por el contrario, fué una hábil mentira del mayordomo aleccionado por su señor, para así librar aquella cantidad y otras pertenecientes a ciertos clérigos menores, de la requisa oficial? Está claro, que según el código vigente de entonces, como el que rige ahora, los bienes particulares del clérigo, por el hecho de ser clérigo, no son bienes de la Iglesia. El patrimonio eclesiástico sea del género que sea, sólo puede coincidir en una persona moral y nunca de un particular. Hay que ver si eran o no aquellos montones de trigo propiedad del Cabildo hispalense. Las circunstancias no parecen probarlo con suficiencia. No sabemos conste en ningún lugar que el Cabildo de Sevilla tuviera sus graneros en la casa particular de un canónigo y bajo la vigilancia de su mayordomo. ¿Por qué en casa del maestreescuela, el menos llamado por su cargo en el seno del Cabildo, para intervenir en asuntos de esta índole? Navarro, con otros, afirman que el trigo pertenecía a Enríquez de Ribera. Si era suyo, no era del Cabildo, y en este caso no se justifica la excomunión lo bastante. Después de poner el depósito en manos de Cervantes, Damián Pérez, le manifiesta que son bienes de la Iglesia. Lo propio era que se lo hubiese advertido antes. Porque al obrar así, parece no estaba muy seguro de lo que afirmaba, o que pretendía asustar a Miguel. Nos resistimos a creer que Cervantes procediera con mala fe si hubiera estado convencido que aquellas fanegas eran bienes de la Iglesia. Nada se dice del Vicario, único facultado para en estos casos llamar la atención de los fieles transgresores. Todo esto, en verdad, no se ve muy claro. El Maestreescuela consulta con el Dean, y ellos con otros miembros del Cabildo también *afectados* por las actividades del comisario, arrojan la excomunión contra Cervantes, quien la recibe con su ya habitual resignación en las luchas de su existencia. Hay quien afirma, que Miguel se sonrió cuando se lo comunicaron, con aquella sonrisa burlona y pícara que le distinguía. Puede ser cierto, si se convenció que todo aquello eran manejos del señor canónigo. Ya tenemos a Miguel

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Albores . #11, 9/1947.

de Cervantes excomulgado. Al futuro y esclavo del Santísimo Sacramento y tercero de la Orden de San Francisco. Examinemos ahora el carácter de esta censura, y anotemos algunas reflexiones sobre su gravedad. Las excomuniones y paulinas de la Edad Media, no ostentaban el sello de gravedad que hoy llevan. Si exceptuamos las que venían de la Santa Sede directamente y que llamaban humorísticamente *el ladrillazo de Roma*, las demás eran cosa muy corriente. Como puede comprobarse por la historia de aquella época de fe, se le imperfía a cualquiera una excomunión con la misma facilidad que una absolución. Su duración, excepto en caso grave, era corta. Y para que fuera *vitando*, había de existir poderosa culpabilidad según cánones. Es seguro, que la noticia de nuestro excomulgado adquirió escasa notoriedad, hasta el extremo de no pasar las fronteras de la comarca ecijana. No obstante, las alharacas de beatas, frotaconventos y personajillos lugareños, todo terminó con unas escusas del proveedor de Guevara y, principalmente, con los maravedíes remitidos antes que de costumbre, por el moroso erario nacional. Entre los muchos argumentos que se podrían aducir para probar que este episodio de la vida de Cervantes no pasó de un simple incidente sin ulterior trascendencia, es el silencio del más rabioso de sus adversarios el vanidoso y supuesto Avellaneda, quien no se hubiera guardado de arrojar al rostro de Miguel, un puñado de lodo más, éste sobremanera humillante y vergonozoso. A los insultos de *cojo, descontentadizo, preso delincuente* y otras preciosidades, con cuánto placer habría añadido el apelativo de *excomulgado*. De no hacerlo, es seguro que no había llegado a sus orejas. Debió estar este competidor de Cervantes bastante familiarizado con los vocablos feos y torpes como lo demuestran las consejas livianas y los cuentos oscenos de su Quijote apócrifo.

Los arbitrarios comentaristas y caprichosos mutiladores que, como Polinus, Sbarbi, Benjumea y muchos más, que pretendieron encontrar en el Quijote la interpretación de un simbolismo religioso y racionalista, demuestran, con ello, universal desconocimiento de la persona íntima de Cervantes, tan exigente consigo mismo y con los demás en lo que atañía al respeto de la Iglesia y de sus esencias dogmáticas, que el puritano más intransigente, podría tomar ejemplo de su vida. La excomunión de Ecija, no arroja ningún baldón sobre la fecunda vida del que pudo servir de modelo, inclusive a muchos clérigos de su tiempo, tratados por él con una mesura y una educación de la que no eran merecedores. Vindicar a Cervantes y a su obra de tantas truculencias como se han escrito, sería una labor digna de todo aplauso.

No parece sino que cuando pronunció aquellas palabras que son su profesión de fe «la Iglesia a quien adoro y respeto como católico y fiel cristiano», entrevió su gloria en la Iglesia Triunfante, el galardón a una existencia discurrida en provecho de los siglos venideros, el fruto de una semilla en flores de virtud y en cosechas de enseñanzas.

Al genio más interesante de la raza, a la figura más relevante de la historia de España, en el IV Centenario de su nacimiento rodeémosle su cráneo augusto, con la relumbrante diadema de los forjadores de imperios.

P. Bernardo Martínez Grande.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Albores . #11, 9/1947.

Grabado de Doré.

Letanía de Nuestro Señor DON QUIJOTE

A Navarro Ledesma

Rey de los hidalgos, señor de los tristes,
que de fuerza alientas y de ensueños vistes,
coronado de áureo yelmo de ilusión;
que nadie ha podido vencer todavía,
por la adarga al brazo, toda fantasía,
y la lanza en ristre, toda corazón.

Noble peregrino de los peregrinos,
que santificaste todos los caminos
con el paso augusto de tu heroicidad,
contra las certezas, contra las conciencias
y contra las leyes y contra las ciencias,
contra la mentira, contra la verdad...

Caballero errante de los caballeros,
varón de varones, príncipe de fieros,
par entre los pares, maestro, ¡salud!
¡Salud, porque juzgo que hoy muy pocas tienes,
entre los aplausos o entre los desdenes,
y entre las coronas y los parabienes
y las tonterías de la multitud!

¡Tú, para quien pocas fueran las victorias
antiguas y para quien clásicas glorias
serían apenas de ley y razón,
soportas elogios, memorias, discursos,
resistes certámenes, tarjetas, concursos,
y, teniendo a Orfeo, tienes a orfeón!

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Albores . #11, 9/1947.

Escucha, divino Rolando del sueño,
a un enamorado de tu Clavileño,
y cuyo Pegaso relincha hacia ti;
escucha los versos de estas letanías,
hechas con las cosas de todos los días
y con otras qúe en lo misterioso vi.

¡Ruega por nosotros, hambrientos de vida,
con el alma a tientas, con la fe perdida,
llenos de congojas y faltos de sol,
por advenedizas almas de manga ancha,
que ridiculizan el ser de la Mancha,
el ser generoso y el ser español!

¡Ruega por nosotros, que necesitamos
las mágicas rosas, los sublimes ramos
de laurel! *Pro nobis ora,* gran señor.
(Tiembla la floresta de laurel del mundo,
y antes que tu hermano vago, Segismundo,
el pálido Hamlet te ofrece una flor.)

Ruega generoso, piadoso, orgulloso;
ruega casto, puro, celeste, animoso;
por nos intercede, suplica por nos,
pues casi ya estamos sin savia, sin brote,
sin alma, sin vida, sin luz, sin Quijote,
sin pies y sin alas, sin Sancho y sin Dios.

De tantas tristezas, de dolores tantos,
de los superhombres de Nietzsche, de cantos
afonos, recetas que firma un doctor,
de las epidemias, de horribles blasfemias
de las Academias,
líbranos, señor.

De rudos malsines,
falsos paladines,
y espíritus finos y blandos y ruines,
del hampa que sacia
su canallocracia
con burlar la gloria, la vida, el honor,
del puñal con gracia,
¡líbranos, señor!

Noble peregrino de los peregrinos,
que santificaste todos lo caminos
con el paso augusto de tu heroicidad,
contra las certezas, contra las conciencias
y contra las leyes, y contra las ciencias,
contra la mentira, contra la verdad...

¡Ora por nosotros, señor de los tristes,
que de fuerza alientas y de ensueños vistes
coronado de áureo yelmo de ilusión;
que nadie ha podido vencer todavía,
por la adarga al brazo, toda fantasía,
y la lanza en ristre, toda corazón!

Rubén Darío.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Albores . #11, 9/1947.

UN HOMENAJE periodístico a Cervantes en 1872

SIEMPRE ha ocurrido que los méritos de las grandes figuras han sido más apreciados por las generaciones posteriores en que vivieron que por su coetánea. El consagrarse a una determinada actividad intelectual con miras a dejar a la posteridad algo de provecho, no puede hacerse si no es con un abnegado renunciamiento de aquello que diariamente nos seduce: diversiones, bullicio, etc... El hombre, en tales circunstancias, tiene que apartarse forzosamente de la masa del público que vive al compás de los tiempos, sin preocuparse más que de hacer aquello que todos hacen. Por eso, el hombre que abandona esta masa homogénea de gentes para entregarse por completo a un arte, es para la mayoría del público un ser raro, extravagante...

Miguel de Cervantes vivió casi ignorado para la mayoría de las gentes. Tuvo que luchar y abrirse paso en medio de una sociedad decaída, enfermiza, moralmente desgastada. En toda su obra y, principalmente, en algunas de sus novelas ejemplares, Cervantes nos da una pintura maravillosamente trazada de lo que era aquella sociedad que él conoció. El «Quijote», cuando salió por vez primera a la luz pública, no fué tampoco muy comprendido ni agradó a la mayoría de la gente. Pero es que en el «Quijote», Cervantes había puesto en boca de su loco personaje una constante sátira, magistralmente dirigida contra la sociedad y contra las instituciones de la época, que llevaron al país a una decadencia inmediata. Cervantes, para sancionar y ridiculizar lo que él creyó que en justicia era sancionable, tuvo que valerse de la treta de poner en boca de Don Quijote aquello que a una persona de sana razón le era imposible decir, so pena de haber dado con sus huesos en un calabozo.

Mas, conforme fueron pasando los tiempos, la figura de Cervantes adquirió cada día mayor renombre y su obra fué gustada y apreciada por los mejores catadores de la literatura que encontraron en ella el verdadero monumento de las letras españolas. El conocimiento de la obra de Cervantes desbordó entonces el área nacional para expandirse por todo el mundo, y los más famosos escritores de todas

Reproducción de la portada del número editado por «La Ilustración de Madrid» el día 15 de abril de 1872. (Rep. Muñoz.)

LA ILUSTRACION DE MADRID

REVISTA DE POLÍTICA, CIENCIAS, ARTES Y LITERATURA

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Albores . #11, 9/1947.

las épocas analizaron y enjuiciaron detenidamente los textos cervantinos.

Sin embargo, hasta el siglo XIX a nadie se le ocurrió rendir periódicamente un homenaje a la memoria de nuestro mejor escritor. Las primeras festividades consagradas anualmente en honor de Cervantes fueron las de la Academia Española, y consistían en una misa de *requiem* celebrada en la pequeña iglesia madrileña de las Trinitarias, lugar donde, según todas las presunciones, descansaron los restos del autor del «Quijote». Pero esta fiesta, medio religiosa, medio académica, no podía tener el carácter popular y nacional que exigía la fama y grandeza del escritor; la misa, el sermón y la música antigua se quedaban en el reducido recinto de la iglesia de las Trinitarias, sirviendo únicamente de contemplantivo regocijo a una veintena de personas condecoradas, amén del indiscutible provecho que proporcionara al alma de nuestro escritor.

El primer homenaje con carácter nacional fué organizado en 1869 por la *Academia de conferencias y lecturas públicas de la Universidad*. Esta entidad ideó una fiesta que, si bien era enteramente profana, sin embargo tenía un carácter más popular, más expansivo que la sombría solemnidad de las Trinitarias. Con dicho homenaje se rendía el merecido tributo que requería la obra grandiosa de Cervantes. También en el mismo año de 1869 el Senado dedicó una sesión pública en la que los discursos espontáneos y vehementes se mezclaron con la lctura de algunos capítulos del gran libro, dando a la fiesta un verdadero aspecto literario.

Fué lástima que la Real Academia interrumpiera en los años posteriores la misa de las Trinitarias y que con la disolución de la Academia de lecturas públicas dejara de celebrarse la famosa reunión literaria del 1869. Ello movió a varios periodistas y escritores, dolidos por el silencio que en torno a Cervantes había vuelto a crearse, a dedicar un homenaje periodístico en las columnas de la famosa revista «La ilustración de Madrid», que se llevó a cabo en el número correspondiente al día 15 de abril 1872. Esta publicación, dedicada a la política, ciencias, artes y literatura, consagró este número extraordinario donde aparecieron artículos y poesías debidos a las mejores plumas de la época. En prosa, figuraban trabajos firmados por D. Benito Pérez Galdós, Mesonero Romanos, Juan Eugenio Hartzenbusch, Adolfo de Castro, José María de Gaona, Pedro de Madrazo, Cánovas del Castillo y otros muchos. Y en poesía hubo también composiciones muy buenas de García Tassara, Adelardo López de Ayala y una muy ingeniosa de D. Antonio Hurtado, titulada *De Urganda la desconocida a los rebuscadores de la vida de Miguel de Cervantes Saavedra*, cuyas dos primeras décimas decían así:

«Ese nombre que hoy Espa
celebra con tanta pom,
fué en sus tiempos el de un hom
que vivió casi ignora:
Hoy le desquita la Fa
de aquel irritante olvi;
mas su espíritu que vi
en el mundo de lo cier,
dice mucho: «Al asno muer
ya se sabe lo que si.»

Hoy todo el mundo dispu
si fué bueno si fué ma:
Quien dice que fué de Alca,
quién de la Mancha o Porcu,
Más de un buscón importu
su ignoto sepulcro inquie;
Mas él en son de poe,
dice con gesto mofan:
«¡Qué fuera de ti, Cervan,
si alguno diera en tus hue!»

Fué, pues, ésta la primera revista española que dedicó un homenaje al Príncipe de los Ingenios. Nosotros, al leer hoy sus páginas, no hemos podido evitar el sentir cierta emoción ante este cálido homenaje desconocido, quizás, para la mayoría de nuestros lectores. Al prestigioso escritor manchego, D. Federico Romero, debemos la posesión del ejemplar de «La ilustración de Madrid», que hemos comentado.

Jorge Luis de Montesinos

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Albores . #11, 9/1947.

GALERIA DE PUBLICACIONES

Notas a "la familia de Pascual Duarte"

Por García Pavón.

ENVIO:
A su autor Camilo José Cela, con mi reconocimiento literario y simpatía personal.

INTRODUCCIÓN

AHORA, pasados algunos años de su advenimiento, puede hablarse con cierta perspectiva del fenómeno novelístico contemporáneo: «La familia de Pascual Duarte». Triste es decirlo, pero la actual literatura española, es desmayada como siesta, tan cursi como la de los tiempos de la Restauración y tan flébil como la de nuestro siglo XVIII..... Y en medio de este rastrojal, un día, se empinó, como llama en la era, valiente y poderosa, boquiabriendo todas las atenciones, esta brava y rasgante fábula de PASCUAL DUARTE. Ante ella la masa lectora se recogió sus bordadas faldas con remilgos; los alarifes de las letras hablaron de «Tremendísimos» y «non nadas» por el estilo. Solamente unos pocos, los pocos que en España poseen sano paladar literario, hicieron a PASCUAL DUARTE las reverencias del caso. Veamos, limpios de toda pasión deshonesta, qué es lo que a nosotros se nos ocurre sobre este extraordinario librito.

EPICA DEL MALVADO

LA FAMILIA..... ha llegado a ser lo que es, por el mismo camino que todas las grandes producciones literarias: por ser epopeya de algo; por sintetizar un jirón de la humanidad; porque es filosofía e historia de un esdorzo social. Nuestra novela, es la epopeya de ese sector de la humanidad española, inculto, elemental, obediente sólo del instinto; pronto a sustituir la faca por la razón, y amigo de llevar su concepto de la hombría a los más desesperados extremos. Pascual Duarte es el tipo del criminal de romance o de «Linterna»; hermano de aquel terrible violador D. Benito; o de los famosos de Cuenca, o de aquel otro Ricardito de la plancha. Es el tipo de feroche que mata por poco, pero eso si, dara a cara y después de haber tenido en sus entrañas durante muchos días la lombriz de odio, que engorda y engorda hasta ahogar. PASCUAL DUARTE sintetiza en nuestra novelística ese tipo de hombre para el que se inventó expresamente el garrote vil.

LO PICARESCO

Hay en LA FAMILIA... un asomo de novela picaresca escurridizo y veleidoso, de suerte, que si nunca nos llena la boca de tal sabor, tampoco, a lo largo de su lectura, nos borra el regusto picaresco. Preceptivamente considerada, los elementos picarescos de LA FAMILIA, son pocos. Veamoslos: el corte autobiográfico de la novela; el ir dirigida en tono de »mea culpa» a un alto señor, y cierto desparpajo en la narración no exento de moralidad; así como el estilo ceñido y nervioso de ella. Le faltan por tanto a LA FAMILIA para ser heterodoxamente picaresca, el que PASCUAL sea criado de muchos amos; el no ser criminal como lo es, sino sólo pícaro; y la carencia de una sátira social y colectiva, característica ineludible de este género, al decir de los eruditos. Este si es no es picaresca, le presta cierto agridulce al libro, que hace muy bien... El mismo autor debió sorprenderse un poco de este matiz que le «salió» en LA FAMILIA.... Ello puede explicar el génesis de la tercera obra de CELA, *El nuevo Lazarillo*, en la que nos muestra una completa y consciente técnica picaresca.

LO MEJOR

Lo más logrado de la FAMILIA—a nuestro juicio—es la primera parte. Concretamente, hasta el entierro de Mario y el noviazgo—con fortísimo inicio—del protagonista y Lola. En

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Albores . #11, 9/1947.

este breve espacio, la acordada descripción de la Casa, así como la relación de la vida de los padres y hermanos de PASCUAL, adquieren calidades y equilibrio pocas veces lograble. Ello se consigue con una extraña intuición, más allá de toda técnica preceptuada. Todos los personajes de estas primeras páginas son idóneos en sus reacciones y temperanza.

La acción, salvo alguna variante, levísima, guarda la misma técnica semiviolenta—digo semi, porque no se llega todavía al crimen—. Y con este concierto, todo ello forma un cuerpo impregnado de amarga y desleída estética, que deja en el lector una impresión imborrable. Sólo hay en esta parte malos humores, unos cuantos accidentes propios de gentes mal nacidas y peor criadas ; y dos muertes chuscas, de acuerdo con el marco de la vida allí presentada. No hay más acción. Son también éstas las páginas más picarescas del libro, aquéllas, en las que los Lázaros y Guzmanes solían contar «su vida y cuyos hijos fueron»..... Caracteres poco diferenciados—en suma—acción concentrada y chusca; dejo amargo y desparpajado, agrio y nervioso, pero todo ¡que acorde y armónico!

Y dentro de esta primera parte, el mejor capítulo, el primero. Allí Cela, encarna la moderna técnica descriptiva en el ambiente picaresco. Termina este primer capítulo con los tiros que da PASCUAL a su perra, magnífico esbozo de la futura y sangrienta psicología del protagonista.

El resto de la novela—después de la muerte de Mario—crónica ceñida de los hechos de PASCUAL, pierde algo de esta acordada belleza de que gozan las primeras páginas.

LENGUAJE

Cuando el lenguaje no está de acuerdo con la materia tratada, la obra literaria cabecea como andas en procesión. En LA FAMILIA..... a Cela le ha «salido» un lenguaje inmejorable. No por lo realista, pues el habla de esta novela no conseguiría escribirlo en su vida un mostrenco como PASCUAL, sino por lo artístico y conforme con la metafísica del sujeto literario. Cuando decimos que el verbo de una criatura de arte es idóneo con ella, no afirmamos que el héroe habla como si fuese criatura viva, sino que lo hace de acuerdo con la difícil impresión estética que su comportamiento nos provoca. El acento que el autor intuye en un momento de luz, nos revela misteriosamente rincones psicológicos del protagonista. Este es el caso de LA FAMILIA. Lo es también del *Lazarillo* y del *Buscón*. Estilísticamente ¿cuál es el signo exterior y más aprensible del acertado lenguaje de C. J. Cela en LA FAMILIA?

Creemos, que una difícil conjugación de giros corrientes, cultos, y graciosamente vulgares. No hay que hechar en olvido esto de «graciosamente». PASCUAL escribe su vida con un lenguaje decente, emparedándole de cuando en cuando una pimienta que le dice muy bien. A veces, ese lenguaje decente toma tintes de culterano y de pronto, otra vez, el latiguillo socarrón y la palabreja si es no es grosera.

Veamos algunos ejemplos. (Subrayo tanto los elementos cultos como picaresco para que el lector aprecie con más facilidad.) «No bien se puso buena y cuando la alegría volvía otra vez a mis padres, que en lo único que estaban *acordes* era en su preocupación por la hija, *volvió a hacer el pirata la muy zorra.*» *Vemos aquí*: 1.º tres o cuatro líneas de lenguaje llano. 2.º una palabra demasiado metafórica para la gramática de PASCUAL: *acorde* y 3.º, el giro picaresco con rematín soez: «volvió a hacer de pirata»..... etc.

Cualquier párrafo de la novela tomado al azar, podría servirnos para crecer este paradigma. Por estar a la vista del menos atento, ahorramos inventario.

Remata esta técnica lingüística un tonillo sentencioso y penitente muy bien distribuído, amén de algunos que otros refranes bastante bien traídos.

Más allá del lenguaje y del conjunto argumental, hay algo en LA FAMILIA que sirve de maravilloso frontón a esta novela extraordinaria. Nos referimos a los aciertos que tiene el autor para expresar con una sola chispa de prosa, una constante psicológica o un momento culminante de la acción.

Algún ejemplo: Habla el autor del entierro de Mario: «Delante iba Santiago (el monaguillo) con la cruz, silbandillo y dando patadas a los guijarros.»

No le hace falta al autor decir más para hacernos saber que se trata de un entierro de tercera, cuyo muerto a nadie importa. A la vez, la psicología del monaguillo aburrido ha quedado plasmada en ese «silbandillo» y «dando patadas a las piedras».

Otro:

Dice que en casa de D. Jesús debían ser muy aficionados a las plantas, pues la vieja criada: «andaba siempre correteando con un cazo en la mano regando los tiestos».

Otro:

Cuando le da los tres navajazos a Zacarías lo deja «como temblando». En otro caso parecido dice que quedó «Temblequeando» la víctima.

.....Se podría hacer una curiosa antología con estos aciertos expresivos de la novela.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Albores . #11, 9/1947.

Ejemplar

GRATUITO

Imprenta "T. P. A."
ALCALA DE HENARES

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Albores . #11, 9/1947.